

ca en desdén demasiado..., en fin, dejemos sin señalar el vocablo.

Para los médicos, el libro del escritor-doctor Luis Fernando Alvarez, es contemplarse en un espejo. Las grandes y las pequeñas cosas que dice Luis Fernando Alvarez han sido de todos, ya grandes o chicos. De todos, de los que pensamos con nostalgia en horas de internado en que soñábamos con ser algo dentro de un gran engranaje de salvación de vidas, y de los que andan a diario en la dura y grave brega, ya ciudadana o campesina del ejercicio profesional más bello de todos. Perdón, más bello en unión de este otro, duro también y grave asimismo, de ir haciendo día a día los periódicos. Este del periodismo que a tantos nos ha hecho olvidar aquel otro y que ahora nos ha hecho leer con más nostalgia admirativa el buen y excelente libro de Luis Fernando Alvarez.

Don Gregorio Marañón, maestro de médicos y maestro de escritores, ha prologado la obra con unas cuartillas, bellas y profundas como todas las suyas.

Y ahora, ya como término —permítasenos decir, que como tratamiento—, un consejo a Luis Fernando Alvarez. El consejo de que sin abandonar al buen padre Hipócrates, continúe escribiendo. Que nos dé ensayos para médicos, que nos dé una novela, que nos dé libros tan bellos como esta *Vida del Médico*, que ahora cerramos con la tristeza de haber acabado un libro profundo, con la alegría de haber leído un documento que dice de la bondad infinita de unos hombres.

JUAN SAMPELAYO.

EL ARZOBISPO DON RAIMUNDO DE TOLEDO,

por ANGEL GONZALEZ PALENCIA. — Colección
«Pro-Eclesia et Patria». — Un volumen en cuarto,
196 págs.

Un Prelado francés promovido a la Mitra Primada de las Españas, el Arzobispo don Raimundo de Toledo, clara figura de nuestro Episcopado, lumbrera resplandeciente y esplendorosa de nuestras letras y dalid infatigable de nuestras armas, su figura constituye, al par, una brillante página que merece ser destacada entre las que más contribuyeron al progresivo desenvolvimiento de nuestra cultura hispánica.

Nacido en las tierras fértiles, dulces y deleitosas de Gascuña, por nuestro biografiado, ve la luz en Salvettat, según unos, y en Agen, según otros; educado en la sana doctrina cristiana, amantado al dulce regazo de la Orden Cluny, don Raimundo va al claustro buscando un sólo tesoro: la paz, el sosiego, la paz cristiana, la verdadera paz, en momentos en que el orbe feudal se agita calenturiento en impetuoso torbellino en una querrela enconada: las investiduras.

Su niñez transcurre en momentos en que el Cluny, la gran Orden, da luz un gran Papa, Gregorio VII, del que el Monasterio se convierte en punto de apoyo de su sana política, mientras allá a lo lejos, en el Concilio de Clemont, a impulsos de un asceta, Pedro el Ermitaño, y al acorde de un grito luminoso: Dios lo quiere, las masas parten camino de la soñada Tierra Santa.

Don Raimundo, en el interior de su claustro, siente hervir su cabeza y se pregunta en su fuero interno ¿por qué él no ha de participar en sacrificios y desvelos? Deo volente se ofrecerá a los trabajos misionales de su Orden, y así viste el sayal, calza las sandalias, empuña el bordón de peregrino en su deseo de caminar tras nebulosas estelares que componen a lo largo del cielo la belleza impresionante de la Vía Láctea o Camino de Santiago en pos de un ideal de peregrinación y de cruzada. Ciertamente, le favorecían las circunstancias; a su monasterio llega un hermano de Orden de su misma tierra, la amena Gascuña; de su mismo lugar, la aldea de Salvettat. Llegaba a su claustro tras una arriesgada cruzada a las órdenes de Godofredo de Bouillon. El Arzobispo de Toledo, don Bernardo de Salvettat, en demanda de justo albergue para descansar de su prolongado viaje, y allí, en su claustro, relataría con toda clase de pormenores durante luengas horas libres, en inevitables ocios, interrumpiendo oficios, preces y rezos litúrgicos, los incidentes de su peregrinación. A partir de su llegada a España en el séquito de una reina francesa, Doña Constanza, que lo trae en su cortejo nupcial, y acostumbrada a orar en el Cluny, entrega a la Orden la Abadía de San Facundo, hoy Sahagún, central de todos los de la Orden, y lo promueve a abad de dicho cenobio por consejo del gran Papa de la Edad Media Gregorio VII. Relataría su intervención en los mil incidentes de la épica conquista de la capital del arcaico estado de los godos, la señorial Toledo, edificada en accesible peñón, rodeada, cual bélica fortaleza, por las aguas mansas y turbias del Tajo y arrulladas por sus ondas

cristalinas por todas partes, por todas direcciones que la cercan, excepción hecha del estrecho istmo, único punto verdaderamente vulnerable, y al par los incidentes ocurridos en el campamento cristiano, que, consecuencia de la carestía y del hambre, intentaban levantar el cerco cuando la ciudad, como fruta madura, estaba a punto de caer en manos de los cristianos, y lo hubieran efectuado ciertamente si no hubiera sido por la visión resplandeciente de seres angelicales que acompañaban a un santo, ocurrida al Obispo de León en una fecha memorable, el 25 de mayo de 1085, día de la ocupación de la ciudad, precisamente en la misma fecha en que exclamando una gran frase: «Amé la justicia y odié la iniquidad; por eso muero en el destierro», pasaba a mejor vida el Papa Gregorio VII, la gran lumbrera de Cluny.

Y aquella conquista traía para los cristianos indudables ventajas estratégicas, al clavar sus estandartes sobre las escarpadas orillas y ricas y dilatadas vegas del Tajo, que difícilmente podría vadear la morisma; pero, además, la ocupación de Toledo significaba la conquista de la capital visigoda, constituyendo el punto estratégico en toda campaña militar que siempre lo es la capital contraria, y que haría frecuentemente derrumbarse la resistencia de toda la España musulmana.

Pero si aquella empresa significaba mucho, ciertamente, desde el punto de vista estratégico, se convertía, en cambio, en frío obstáculo desde el punto de vista eclesiástico, místico y moral. Aquellos rudos soldados cristianos, acostumbrados al sacrificio y a la vigilia, al llegar a los deliciosos alcázares, a los amenos y deleitosos jardines hispano-árabes, repletos de albercas, macetas, azulejos y surtidores, al penetrar en los baños arábigos y en los harenes, se embriagan al sabor agridulce de los placeres, y el mismo Alfonso VI, con razón dice el refrán que fray Ejemplo es el mejor predicador, no puede sustraerse al indecible encanto de sugestiva belleza morena de una dulce mujer, la mora Zaida, olvidando el casto connubio de su esposa, apoyada por el Arzobispo de Toledo D. Bernardo, ya nombrado también Primado a pesar de la seria oposición del Arzobispo de Santiago, que paga su rebeldía con el encierro en un calabozo. Por otra parte, la capitulación de la ciudad, ¿no resultaba hartamente benigna? ¿No continuaban en su cargo almorajarifes y alcaides? ¿No seguían los mahometanos libremente las supersticiones de su culto errado e idolátrico,

que se celebraba en su mezquita con gran magnificencia? ¿Y no continuaban abiertos de par en par los anaqueles de las bibliotecas moriscas, que cualquier espejo mostraban el alto grado cultural alcanzado por aquel mosaico del reino de taifa, pero que no dejaban de contener a veces el germen y semilla de futuras y funestas herejías para el averroísmo, que habían de ensombrecer y amenazar cual galerna o furioso temporal la cultura medieval cristiana? D. Bernardo y Doña Constanza, en aquel Toledo que era como una mezcla o amalgama de los más varios ingredientes, cual resplandor de dos dispares luminarias, cual punto de cita de dos culturas diversas y antagónicas, penetra sin el debido permiso, «manu militari», en la arábica mezquita, destruye con energía el culto del falso profeta, unifica el misal romano con el mozárabe, que únicamente subsiste en la arcaica capilla catedralicia, tras rudo juicio de Dios, en que ambos misales salían por igual libres de la prueba al fuego, según el bárbaro método probatorio de los litigios, inspirados en bárbaras costumbres germánicas. ¡Bien claro se había de ver la razón que le asistía y las amargas consecuencias de tan errada política!, pues hartas las princesas moras de ser maltratadas por la furia bestial de la soldadesca, llaman a sus adorados almoravides, que se encuentran en el paso del Guadiana, junto a Zalaca, al ejército cristiano, y el VI de los Alfonsos, en medio del combate, encuentra un puñal que lo hiere, dejándolo desvanecido, y es arrastrado por el impulso caprichoso de su caballo. Luego narraría D. Bernardo su marcha a Palestina tras el símbolo de la Cruz, emblema heráldico de la primera cruzada, cual si tratase de imitar el sacrificio glorioso del Calvario.

Pero no era esto solamente; es que a D. Bernardo llegan malas nuevas de los acontecimientos ocurridos en España tras su marcha feliz a Tierra Santa; aquellos clérigos indisciplinados, llevados por su odio al celibato, acababan de asaltar el palacio arzobispal de Toledo, y el Arzobispo, ansioso de meterlos en cintura y llevarlos por buena vereda, se hace acompañar de fieles paisanos, como su hermano de Orden D. Raimundo, antes de emprender su marcha por segunda vez a España. Durante el largo viaje iríase mostrando a los peregrinos la perspectiva de un amargo panorama. Las tierras yermas, desérticas y esteparias de Castilla, doradas por el mar de oro de las mieses de sus trigales, mostraban todavía las heridas sensibles que la morisma les infligiera: las mieses, arrasadas, los monasterios y cenobios devastados, las aldeas despobladas,

das, los colonos, sujetos a esclavitud y a la ignorancia y vendidos por sus amos juntamente con la tierra que cultivaban, y la tierra, sembrada por doquier de salteadores y forajidos. ¿No era como horrible pesadilla de una España que parecía levantarse trasnochada con la mueca de horror y de espanto de un amargo sueño apocalíptico?

La peregrinación de Santiago que venía por el camino francés, al igual que cristalina corriente de agua bienhechora, se remansaba y constituía bálsamo y deleite para aquellas cicatrices ancestrales. El sistema feudal, hoy aterrador, al entregar frente al dominio directo en feudo el dominio útil de las tierras a aquellos rudos labriegos, ¿no representaba en cierta manera, frente a la esclavitud, una cierta mejora social? El Cluny, frente a la incultura, crea los más antiguos colegios, germen de nuestras Universidades, que no eran más que una asociación de colegios. ¿Y en dónde florecía en aquellas rudas edades la ciencia más que en torno de los claustros monacales? Aquellos cantares religiosos, como el *Ultreya*, y profanos, como la canción de Rolando, que rememoraban una Francia grande, ¿no representaban el germen de nuestros cantares de gesta, como el Bernardo del Carpio, primera manifestación de la literatura castellana? Y aquella ansia reconstructiva por medio de fueros y cartas pueblas de genobios y monasterios, ¿no significaba, a través de la escuela llamada de Aquitania de la arquitectura románica, que había de cristalizar en una gran obra la catedral de Santiago, debida a un gran artífice, Bernardo Gerduíno, llamado el Maestro de las Platerías?

Pero bajaban ciertamente revueltas las aguas del río. Los almoravides ocupan Valencia, ponen cerco a Uclés, talan Guadalajara, cercan Toledo, y hubieran ocupado Madrid de no ser por las preces de San Isidro Labrador; y el dedo de la Providencia emplea como causa eficiente a Alfonso el Batallador, que quiebra el cerco de Toledo y persigue a lanzadas a la espantada morisma por las áridas y desoladas estepas castellanas. Su hazaña, recién muerto Don Raimundo de Borgoña, le vale por premio la mano de Doña Urraca.

Mas no por esto amainaba el temporal: aquel matrimonio, anulado por el Papa Calixto II, hermano de Don Raimundo de Borgoña, solamente acarrea discordias; Doña Urraca se fuga del castillo de Castelar con su amante el Conde de Lara, y el aragonés invade la diócesis de Osma, en la cual nuestro biografiado acababa

de ser nombrado Obispo y sostenía rudo pleito con el Arzobispo de Burgos por los términos de Boceguillas, cuando, al igual que los demás Obispos de Cluny, queda cautivo en manos aragonesas. Según la versión, escapa a Toledo; según otras versiones, donde trabaja en el escritorio del Arzobispado, en los días tormentosos en que la causa de la dinastía de Borgoña sufría los rudos combates del campo de la Espina y de la villa de los Fangos, mientras el heroísmo de los Caballeros de Avila hacía dejar patente el lema «Avila de los Caballeros».

Mas bien dice el adagio que después de la tempestad torna la calma. En el pecho del batallador, tras los desgraciados amores, surgía un amor místico mariano, y aprovechando que los almoravides sitiaban el último taifa, Zaragoza, y derribaban el Pilar, olvidando sinsabores y recelos, vuela en socorro de la plaza, baja el Aragón, sigue el Ebro y llega a la ciudad, y cuando un ejército almorávide viene a romper el cerco, le sorprende en el desfiladero de Valtierra; hace venir cruzados franceses, eleva torres para asaltar la ciudad de madera y, finalmente, envía naves por el Ebro, que hacen capitular a la antigua César Augusta en la festividad de la Virgen de la O, el día 18 de diciembre de 1118, y, ebrio de triunfos, baja al Jalón, sigue el Jiloca y vuelve con numerosos almogávares, después de conseguir un gran triunfo, atribuido a San Raimundo, en tierras granadinas.

En esto vaca la sede toledana, y D. Raimundo cobra vuelos; su figura se agiganta hasta el infinito; su actividad se multiplica hasta lo inverosímil. En primer término, consigue la mitra primada, y su actuación adquiere el más elevado grado de interés. Como Prelado consigue para su diócesis, tras el célebre embrollo de Batres, villa cedida por Alfonso VII a la Comunidad de Segovia, algunas ventajas para la diócesis toledana, como es la donación de Alcalá y de Calatrava. Exime a sus clérigos del servicio militar; pleitea con el Cabildo y consigue para su catedral la décima parte de la moneda de vellón acuñada por la ceca toledana. Como Primado asiste a los Concilios de Reims, de Burgos y de Palencia, el cual preside el turbulento Arzobispo de Santiago, el cual, con sus intrigas y enviando dinero a Roma, quería el Primado de las Españas y había conseguido ser nombrado legado apostólico, y además pleitea con los Arzobispos de Toledo, sublevándose con los orígenes de Portugal, en Galicia, a favor de Alfonso VII, de quien fué preceptor, y cuando los Arzobispos de Toledo, para hacerle entrar en orden, convocan el 21 Concilio toledano, contesta convocando

un Concilio en Santiago, y, finalmente, aprovechando las liviandades de Doña Urraca, tiene que huir mientras la Reina era violada por el pueblo, disfrazado de pastor, ante el temor de las multitudes en la célebre revolución compostelana.

Como político, D. Raimundo consigue ocupar la Cancillería de Castilla, y ayuda a la política de repoblación de la dinastía de Borgoña favoreciendo los molinos y las obras hidráulicas. Como patriota interviene en las expediciones contra Coria y Oreja, la arcaica Aurelia, mientras Doña Berenguela, aprovechando la galantería de los almoravides, defiende Toledo de la morisma, defendida únicamente por la belleza sin par de sus damas; hecho portentoso que tal vez tenga por causa un prodigioso milagro. Como mecenas, como erudito y como sabio, presta ayuda económica y auxilio moral a la escuela de traductores de Toledo.

¿Qué significa esta escuela, verdadera torre de Babel, en la cual se unifica la cultura medieval, científica y literaria? Es materia que aparece todavía envuelta en los velos tenebrosos del misterio. ¿Existió verdaderamente un núcleo organizado de eruditos amanuenses y copistas encargados de verter a los manuscritos palimpsestos y códices medievales, de nítida letra francesa, los textos árabes? Evidentemente no; la pretendida escuela de traductores de Toledo, de la cual se decía florecían en la Edad Media supersticiones y herejías, como lo muestra la historia del Beato Gil, que vendió su alma al diablo en Toledo y luego más tarde, arrepentido, se hizo fraile y consiguió que la Virgen le entregara el documento de herética venta, que vemos desenvolverse en algunos cuentos, como el de Don Millán, el Mágico Prodigioso del Conde Lucanor, debido a la pluma amena y galana del Infante Don Juan Manuel. La escuela de traductores, repetimos, no debió de constituir un centro oficial organizado a la moderna, sino que se limitó a la venida a España de eruditos extranjeros aislados, que a veces contraen amistad entre sí. De lo poco que conocemos, parece que el séptimo de los grandes abades del Cluny, Pedro el Venerable, para mejor rebatir el islamismo, hace traducir el Alcorán; para ello se vale de los ignorantes clérigos mozárabes menos letrados, cuyos libros de rezo, muestra de que apenas entendían el latín, tenían apostillas en árabe, lengua que traducían al romance del recién nacido castellano, que entonces era lengua vulgar, de rudos y de arcaicos giros, mientras otros clérigos más letrados vertían nuestro romance al espíritu sereno y conciso de la antigua lengua del latium.

Entre los primeros merece destacarse Juan de Sevilla, judío converso, de filiación neoplatónica y avicebroniana, así como el canónigo Marcos de Toledo; entre los segundos, al arcediano Domingo González, traductor del organon de Aristóteles. Asimismo quedan huellas de otros traductores, como el arcediano de Madrid Guillelmus Stattfort, que compuso el tratado sobre la conversión de los árabes a los romanos, que se encuentra relacionado con el viaje de Pedro el Venerable. Asimismo el libro va sacando de la oscuridad los nombres de Herman de Carintia, llamado gran autor escolástico por Pedro el Venerable, pero, al parecer, falto de la gran originalidad de Abelardo de Bath, autor que escribe fuera de España y que se ha querido identificar con el célebre Abelardo famoso por sus amores con Eloísa; también el libro presenta a Roberto de Chéster, que traducía, en unión de Herman de Carintia, el álgebra y folletos de propaganda antimusulmana; merece citarse también a Roberto de Brujas, discípulo de Herman de Carintia, que tradujo el planisferio de Ptolomeo, y, finalmente, señálase en el libro la existencia de otros focos, cual el de Tarazona, en el que trabajaba Hugo de Santalla, y aun el del Monasterio de Ripoll, donde escribe Platón de Tívolis, en colaboración con el judío Abraham War Hiyaque, autor de la versión del *Motu Stellarum*, de Ablatemio.

Imposible sería a todas luces, pues D. Raimundo poco añade de cosecha propia, hacer una especie de catálogo de las obras traducidas por estos autores del árabe. Bastaría citar, en el extenso y documentado índice que contiene la obra en materia de filosofía, la traducción de las obras de Aristóteles, de Avicena, como su libro de *Anime* y la *Fons Vitae*, de Avicebron, y las obras de Algazel; en materia de religión, la versión del Alcorán encargada por el último gran abad del Cluny; en materias matemáticas, la versión de los elementos de Euclides y del álgebra del árabe Al-yabr de al Jawrizmi, fechada en Segovia en 1145, vertida por Roberto de Chéster; en materia de geografía, las tablas astronómicas al Jawrizmi y al astrolabio que hizo venir de Italia al traductor Gerardo de Cremona del planisferio de Ptolomeo y de los elementos de astronomía, de Alfraganus, y en materia de medicina, la tabla esmeralda, referente a la alquimia, gran preocupación de la época, en su deseo de encontrar medio para fabricar el oro, juntamente con la astrología, y de la obra *Pulsibus et urinis de abu Zaid Hunayn*, de Serapión el Viejo de Almansuri, director de los

hospitales de Bagdad, y del cirujano Abbas al Zahrawi Abulcassis, autor de un célebre vademécum de Medicina.

Ahora bien, ¿qué significado tuvieron estos trabajos? Indudablemente trajeron un enriquecimiento de la cultura, sobre todo en el álgebra y la divulgación de las obras de Aristóteles, entonces incógnitas, pero que a través de algunos errores harían brillar, al rebatirlos, el genio cristino de la escolástica de Santo Tomás de Aquino, cumpliéndose el apotegma de que no hay mal que por bien no venga; pero de momento significaron un momento en que se nubla el horizonte cultural contemporáneo, se encrespa la tormenta y parece apagarse la luz de la fe que guiaba la cultura medieval cristiana; además coincide con un momento en que el espíritu acalorado del mundo invade los serenos claustros del Cluny en momentos en que el abad Ponce se apoderaba a viva fuerza de la Abadía Cluniacense y desde ella desafiaba al Pontificado, hasta que éste consigue enviar a Pedro el Venerable, último gran abad de la Orden, donde establece la disciplina, y más tarde, habiéndose escapado de la Orden del Císter, célebre por su dureza y rigor, un pariente de San Bernardo, y refugiado en el Cluny, San Bernardo lo reclama de Pedro el Venerable, entablándose entre ambos nutrida querrela, en que el jefe del Císter reprende al Cluny por su vida mundanal, llena de comilonas, de bebidas de licores benedictinos y del lujo de caballerías y carruajes; mientras esta vida hace decaer al Cluny y al Císter, llega a España, llamado por Alfonso de Castilla, San Bernardo, y funda en Portugal la Abadía de Claraval, en la que Alfonso Enríquez bendice las banderas, y, acompañado de San Teutonio, consigue un día de Santiago la gran victoria de Ourique; en estos monasterios es donde vemos aparecer la ojiva, que caracterizará al estilo gótico, de transición entonces incipiente, que vemos aparecer en los monasterios del Císter, y prueba de la gran devoción mariana de aquellos frailes, que habían cambiado el hábito negro del Cluny por el blanco del Císter en virtud de una visión de la Virgen, es el célebre Memorade de San Bernardo en aquellos momentos en que la Virgen le dió a beber de sus pechos y el santo se convierte en doctor insigne, poeta y orador excelso, por lo que recibe el nombre de San Bernardo, dictador de Cristo y de último padre de la Iglesia; entonces es cuando llegan los días de las brillantes páginas militares en que interviene como Arzobispo de Toledo D. Raimundo, cual son el milagro de Toledo, sitiado por Abengamia y defendido sólo por Doña Berenguela y sus damas, mientras los castellanos sitiaban Aurelia,

hoy Oreja, y las expediciones de Coria y, finalmente, la conquista de Córdoba por Alfonso VII, en la cual D. Raimundo hace celebrar el culto católico en la Mezquita, y últimamente, la célebre expedición a Almería, la arábica Al-miraah, o espejo en el mar, en que culmina la actividad militar del castellano.

Aquí es donde vemos culminar la gran figura de D. Raimundo, que va escalando peldaño a peldaño su obra desde el campo hasta el claustro, del claustro a la Mitra, de la Mitra al Primado, del Primado a la Cancillería de Castilla, y de la Cancillería a la Historia, donde su nombre queda escrito con letras indelebles.

El número 49 de la REVISTA DE ESTUDIOS POLITICOS

La *Revista de Estudios Políticos*, dirigida por Javier Conde, que, como decía hace poco una personalidad italiana, se ha convertido en la mejor revista europea de su clase, presenta en su número 49 un sumario que hace el máximo honor a la calidad de la Revista y al fecundo y laborioso esfuerzo del Instituto que la edita. No consiente la brevedad natural a esta reseña dedicar la atención debida a los trabajos que en este número aparecen, son tantos y de tan relevante contenido, que sólo la dedicación a algunos de ellos ocuparía un espacio del que no disponemos. Bastará, pues, a nuestro propósito informativo una simple enumeración, en la cual, la sola enunciación de las firmas que en ella aparecen —algunas del mejor rango científico e internacional— y de los títulos de los artículos a cuyo pie figuran, será suficiente para despertar la apetencia intelectual del lector. Contiene dicho sumario *Estudios*, debidos a los siguientes autores: *Ramón Menéndez Pidal*, la primera parte de un trabajo titulado «El Imperio hispánico y los cinco Reinos», sinopsis de dos épocas en la estructura política de España; *Federico de Castro y Bravo*, «¿Crisis de la Sociedad Anónima? Reflexiones sobre la proyectada Reforma legislativa de la Sociedad Anónima»; *Enrique Gómez Arboleya*, completa un trabajo anterior con su artículo «Más sobre la noción de Persona»; *Arnold Toynbee*, el famoso historiador, publica un estudio titulado «Rusia, heredera de Bizancio»; *Werner Goldschmidt*, el artículo «La naturaleza del Derecho y sus problemas»; *J. Luis Aranguren*, «Lectura política de Quevedo»; *C. Barcia Trelles*, «El ayer, el hoy y el mañana internacionales»;